Discurso de Lisandro De la Torre en el Senado
de la Nación sobre el asesinato del senador
Enzo Bordabehere

10 de septiembre de 1935

Lisandro De la Torre

Fuente

Tulio Halperín Donghi, La República imposible (1930 – 1945), Biblioteca del Pensamiento Argentino V, Buenos Aires, EMECE, 2007.

Habría deseado no hablar en esta sesión, o bien hacerlo en apoyo de un despacho que reflejara la protesta nacional suscitada por un crimen sin precedentes.

[...] Me complazco en declarar que fue un consuelo para mí leer las nobles palabras del decreto que suscribió el señor presidente del Senado, condenando el crimen y estableciendo en qué forma atentados de esta naturaleza repugnan a la tradición de cultura cívica que debemos conservar. Desgraciadamente, el despacho no responde a la gravedad de los hechos ni a la expectativa pública, ni a la necesidad que el mismo Senado tenía de reparar el agravio recibido.

[...] Valdez Cora asesinó al doctor Bordabehere fríamente, porque lo venía acechando para eso día a día, siempre a su espalda.

[...] Esa acechanza se prolongó más de un mes, durante el cual dio pruebas de una insensibilidad de autómatas que cumple una consigna. La rapidez con que procedió es la más clara prueba de la premeditación. Apenas se movió el doctor Bordabehere, le hizo fuego por la espalda. Poco importaba que el doctor Bordabehere no tuviera armas; poco importaba que, como lo ha declarado el secretario privado del ministro de Agricultura, no agrediera al ministro de Agricultura. Apenas se movió, le hizo fuego por la espalda. Estaba previsto.

[...] Hechos y no suspicacias comprometen la posición del ministro de Agricultura.

Negó, ante la Comisión Especial y ante el juez, conocer al asesino del doctor Bordabehere, y prueban lo contrario testimonios fehacientes.

Pasemos a un segundo falso testimonio grave del ministro de Agricultura. Es la declaración que prestó respecto de su caída en el recinto. Inventó un golpe no recibido, favoreciendo así la situación del asesino. Si fuera cierto, como se pretende, que entre el ministro de Agricultura y Valdez Cora no existía relación alguna, y si se considera que el propio ministro de Agricultura ha recibido de Valdez Cora un balazo en la mano, resulta inexplicable, tanto en él como en su sobrino Duggan, la súbita e irresistible simpatía que les despierta Valdez Cora y los actos que realizan para favorecerlo.

Otro hecho, no menos extraño que los anteriores, se hizo público apenas iniciado el proceso: fue la presencia del secretario privado del ministro de

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Agricultura en la oficina de taquígrafos, con el fin de sugerir que se declarara que el doctor Bordabehere esgrimía un arma.

La sorpresa causada por la divulgación de ese hecho fue extraordinaria, y la interpretación fue unánime, en el sentido de la connivencia que revelaba. [...] Nunca el encubrimiento de un delito, y sobre todo si se trata de un delito de sangre, es inmotivado. Unas veces se lo encubre por interés en el resultado, otras veces porque se comparte la responsabilidad con el ejecutor material. De ahí el valor que tiene siempre en los procesos la aparición de algún acto de encubrimiento. Duggan es un encubridor; quiere borrar el rastro de la alevosía; y de ese modo crear en favor del asesino circunstancias atenuantes.

[...] Para terminar, diré que sería absurdo pensar en que el debate sobre la investigación del comercio de carnes pudiera continuar con mi intervención mientras subsistan en mi espíritu las dudas que mantengo acerca de que se trajo a este recinto un guardaespaldas, extraído de los bajos fondos, para gravitar sobre su resultado. Los indicios que existen son tan vehementes, que no me es posible prescindir de ellos. Si lo hiciera, faltaría al respeto y al afecto que debo a la memoria del doctor Bordabehere, y autorizaría a cualquiera a poner en duda la sinceridad de mi indignación.

El Senado hará lo que considere conveniente; yo ajustaré mi conducta a mi conciencia.

El primero en lamentar que mi contrarréplica, que, por otra parte, estaba muy avanzada, quede inconclusa, soy yo, pero tengo la tranquilidad de haber producido tales pruebas y haber hecho tales demostraciones, que no necesito más para afirmar en la conciencia pública la razón de todo lo que he sostenido en este debate.

El empeño, llevado hasta la ofuscación, de negar la verdad y de encontrar explicaciones capciosas a los errores más graves fue comprometiendo poco a poco la posición del gobierno, y concluyó por convertir en un desastre gubernativo irreparable una investigación que no se propuso objetivos tan amplios.

Nada sería el daño que ha sufrido el prestigio del gobierno, si en adelante pudiera evitarse que continúe el otro daño, que hiere de muerte a la fuente de riqueza más importante de la Nación, enfeudada conscientemente al interés del capitalismo extranjero.

Nada más.